

D20

C3

V.5

HISTORIA UNIVERSAL

DISCURSO

SOBRE

LA HISTORIA MODERNA

Dem Schnee, dem Regen,
Dem Wind entgegen
In Dampf der Klüfte
Durch Nebeldüfte,
Immer zu, immer zu!
Ohne Rast und Ruh.

GOETHE.

*Contra lluvias y nieves,
Contra el furor del tempestuoso viento,
Entre la niebla umbría,
Sin tregua ni descanso un solo instante,
¡Adelante, adelante!*

El genio. Cuando un hombre que excede á las proporciones ordinarias por la eficacia de su voluntad, unida al poder de su inteligencia, trata de aventurarse mas allá de los límites comunes, el vulgo docto que gusta de la medianía, y solo tolera aquello que se cree capaz de hacer, exclama : « ¡imposible! es un visionario, un » presuntuoso ; y tal vez añade : un loco, un » charlatan. » Decid que dentro de una piedra llena de asperezas se encuentra el diamante, y os escarnecerá el que no tenga voluntad y manos vigorosas para romperla y descubrirlo.

Si este hombre no soporta los ultrajes que ha de sufrir aquella sensibilidad que es á la vez la debilidad y la fuerza, la recompensa y la expiación del genio, sucumbirá oprimido bajo el peso de la universal reprobacion, dudando de sí mismo y de su inteligencia que se desvía mucho de la de los demas. Aquel que en el reinado de Luis XIV proyectó hacer caminar un barco por medio del humo, despertó las amargas burlas de los cortesanos y de la Ninon, se volvió loco y murió en un hospital : el Dominiquino estaba á punto de cambiar la paleta por el cincel para descansar de las sátiras de los mordaces ; Racine, viéndose pospuesto al inepto Pradon, abandonó el teatro ; Newton, cansado de sufrir contradicciones, exclamaba : « No quiero pensar mas en la filo- » sofía : imprudencia fué abandonar el inesti- » mable tesoro de mi tranquilidad para correr » tras una sobra ; » y Pergolesi murió á los

treinta y tres años bajo la obstinacion de los silbidos de aquellos que al dia siguiente de sus funerales le llamaban divino.

Pero si el genio no consiste en la paciencia, la estima como su dote primera. Sabe que toda grande empresa es una lucha, una educacion, una palestra. No elude las dificultades, sino que las hace frente ; se resigna á la envidia, al insulto, y lo que es peor, á la indiferencia de sus contemporáneos ; sufre las heridas de la flecha y las picaduras del alfiler, todavía mas molestas ; y mejorando con las contradicciones, como el turíbulo aumenta sus espirales de humo á medida que se le agita, vence una por una las enemistades, las envidias, las emulaciones ; desprecia á los que le desprecian ; desafía á los odios que le tienen los poderosos ó preocupados, y prosigue solitario aquel sendero, donde el que sucumbe antes de concluirle, es olvidado ó vilipendiado por los demás hombres. Pero si con aquel valor que trasforma las contrariedades en problemas, llega al fin que se propuso ; si venciendo obstáculos apenas sospechados del vulgo consigue fatigosamente su objeto, entónces algunos se apresuran á hacer una justicia tardía, por vanagloriarse luego de haber conocido su mérito, ó porque es muy bello prestar apoyo á quien no podemos pisotear ; los que se titulan sus amigos le conceden una aprobacion inactiva, que se asemeja á la compasion : muchos por orden de otros, ó por adularles, ó bien por de-



FONDO EMETERIO,
VALVERDE Y TELLEZ

mostrar que no principiaron en vano sus ultrajes, repiten con voz hostil: « ¡Gran cosa! » ¿Quién no hubiera hecho otro tanto? Bastará pensar y querer para conseguirlo: y aun otros lo han hecho ántes que él; no ha tenido mas que imitar y aprovecharse de aquellos conocimientos. »

Estas gentes ignoran, ó mas bien fingen que ignoran, que en el *saber querer* está la eficacia del genio; que la *imitacion* se deduce, no de la comparacion de ciertas particularidades ya fortuitas, ya indeclinables, sino de la de los principios de la accion de los métodos, y de la esencia de los sistemas; ignoran que el llegar á confines nuevos por caminos antiguos, ó á confines comunes por vias no ensayadas, que conocer la importancia de un objeto y sacrificarle los goces, los honores, la existencia, son solo privilegios de los hombres grandes. Hiram proporcionó los cedros; David preparó el bronce y el oro; pero Salomon tuvo la idea y la perseverancia, y por esto el templo llevó su nombre.

Entre las burlas primeras y las serviles alabanzas posteriores, sigue un tercer período cuando la empresa de aquel ser elegido, su descubrimiento y su nueva idea entran en el cúmulo de los conocimientos generales, y todos se aprovechan de ellos. Entónces, el que ha servido al progreso sin ilusiones y sin esperar ningun reconocimiento, se cree prodigamente recompensado por atrocísimas que hayan sido las penas á cuyo precio compró aquellos resultados, y por desconocidos que sean sus méritos; porque no le impulsó la esperanza de la estimacion de sus contemporáneos que tan inicua se distribuye; ni la gloria que es un sueño de niños, sino la necesidad que sentía su alma de descubrir y manifestar la verdad, y poder dirigirla á la utilidad de sus hermanos.

Tales son los pensamientos que ocurren cuando se medita sobre aquel grande hombre, con el cual saliendo de la época mas tumultuosa y ménos inteligible, entramos en la edad moderna. Otros habian sostenido ya que un camino opuesto al comun podia conducir á las Indias; pero solo Colon tuvo la constancia de obtenerse en esta idea y reducir el concepto á la realidad. Vedle obligado á sufrir las negativas de los poderosos, la ignorancia de los doctos, las insultantes burlas del orgullo, las mezquindades de la avaricia, las supercherías de los émulos, y los desdenes de aquellos que siendo ineptos para obrar, están siempre dispuestos á condenar al que obra. Colon descien- de hasta las argumentaciones personales con aquellos que se abogan el privilegio de sancionar la verdad; recurre al sentimiento para persuadir á un fraile y á una reina; á estos cita á Aristóteles, á aquellos los Santos Padres; habla á unos de cálculos matemáticos, á otros de extraordinarias riquezas, á otros en fin, de los beneficios de la religion: mil

caminos dirigidos todos al mismo intento y contruidos con el heroísmo de la paciencia; — la paciencia, segundo valor. Algunos habrán dicho: « ¿por qué no contentarse con lo ya hecho? ¿Es creible que un Genoves adelante mas que los Griegos y Fenicios? » Otros le habrán dado el nombre de vil, porque llamaba á las puertas del regio palacio ó del convento, sin apreciar cuánto valor se requiere para in- molar el amor propio al triunfo de la verdad.

Siempre se ha repetido que el genio no necesita del galvanismo de la alabanza y de la popularidad, porque tiene vida propia, y que las contrariedades no retardan las grandes empresas. Aun cuando así fuese, aun cuando no supiéramos que el nombre de Kant fué desconocido hasta que los periódicos lo proclamaron; que Vico adelantó en vano la ciencia en un siglo, porque no tuvo preconizadores; diríamos, no obstante, que las fatigas que soporta el genio en remover los obstáculos, le impiden intentar nuevas empresas, ó sacar todo el fruto de las que llevó á término feliz. ¿Cuánto no hubiera podido hacer Colon en los catorce años que consumió para conseguir que su proyecto inspirase confianza?

Al fin los reyes le ayudan, porque se prometen crecidas ganancias; un simple particular le proporcionó recursos con la idea de participar de su gloria; la tripulacion misma solo le obedece con la condicion de que hará lo que ella quiera. Se embarca con medios tan insuficientes, que pudiera llamársele no temerario, sino loco; anda errante á merced de vientos desconocidos; se ve precisado á engañar á sus compañeros con falsas indicaciones, mientras que por un Océano sin límites busca una costa que no sabe dónde se halla: todo parece que se combina para debilitar sus esperanzas; pero su constancia adquiere nuevo vigor con el gigantesco pensamiento de reunir á los hombres bajo una misma fe y civilizacion.

Al fin se oye el grito de ¡Tierra, Tierra!... Los que con él navegan le adoran como á un Dios porque ha conseguido su objeto; él cree haber arribado á las Indias; se engaña, pero en su camino ha descubierto un nuevo mundo.

¡Conseguir el fin! ¡llegar al objeto deseado! ¡ver coronadas con un buen éxito las fatigas de toda la vida! ¡dar gracias á Dios con tanta mayor efusion cuanto ménos hicieran los hombres por secundarle! ¡Ah! ¿quién podrá expresar estos goces inefables?

¿Y entónces, qué resta que esperar al grande hombre?

La ingrátitud.

El piloto que le servía en una de sus naves, trata de arrebatarle la gloria que ha adquirido; los reyes evitan con cavilidades el cumplimiento de las promesas que locamente le prodigaron; los espíritus fuertes se burlan, porque buscó en el Cielo las esperanzas que el mundo le negaba; sus rivales procuran rebajar su mérito, engrandeciéndolo á su lado á un hombre

mediano, y á sus descubrimientos dan el nombre de otro. Unos lo tachan de vanidoso, porque busca títulos que tantos derechos proporcionan á los que los deben al acaso; otros de avariento, porque lleva cuenta del oro que necesita para intentar nuevas empresas; otros, en fin, de feroz, porque sus sucesores asesinan las gentes por él descubiertas. Murió Colon, y quiso que le acompañasen al sepulcro las cadenas con que volvió del Nuevo Mundo, porque nada engrullece tanto al hombre como el martirio por una causa de indudable triunfo.

Quando la envidia no teme ya que descubra otro mundo, confiesa la grandeza de aquel hombre, jactándose de ser una equitativa dispensadora de su gloria (1); y aun la exagera para deprimir á aquellos que se proponen nuevas y atrevidas empresas.

Colon es el primer gran descubridor que pertenece verdaderamente á la historia. La antigüedad que colocó entre los astros la nave que intentó la navegacion á la Colchida, y la lira con que fué cantada, habria convertido á Colon en un semidios: la edad média le hubiera atribuido la intervencion del diablo, como sucedió con los descubrimientos de la imprenta y de la pólvora: ahora que se nos presenta él mismo con sus luchas, sus vacilaciones, su momentánea desanimacion, su final perseverancia y sus errores sublimes: Colon es hombre.

Esta es la inmensa diferencia que existe entre la historia antigua y la moderna: la primera nos presenta héroes, la segunda hombres; aquella personifica en un solo individuo la multitud, esta la descompone en sus elementos; la una se ocupa de la sublimidad del individuo, la otra de la potencia de la humanidad, en cuya historia, que sería tan interesante aun cuando solo la mirásemos como un espectáculo, deseamos encontrar las vicisitudes de la de Colon. Unida á él, mientras los mortales están ocupados cada uno en particular, la humanidad madura sus conquistas con la ayuda de todos; despues se lanza á ellas por los medios que parecen ménos efectivos, y triunfa, y por sus triunfos es castigada, si bien le sirven de escalones para llegar á triunfos nuevos.

En esta cooperacion de todas las generaciones, ¿qué es el hombre? Es el término medio de una proporcion, necesario entre los antecedentes y los consiguientes; es el resultado de las circunstancias. Una bala hiere á Gustavo Adolfo en Lützen, y la guerra de los Treinta Años cambia de aspecto; un gusano que trajo de las Indias una nave, roe las empalizadas sobre que se halla construida Amsterdam, y está á punto de que concluyan las amenazas de la émula de Luis XIV, de la señora de Oriente. También el hombre privilegiado, cualquiera

(*) *Virtutem incolumentem odimus, Sublatam ex oculis quarimus invidi.*
HORACIO.

que sea su nombre ó su fortuna, no es otra cosa que la manifestacion de una necesidad social; aparecida en un dia que necesariamente sigue al anterior. De nada sirvió que los Escandinavos descubriesen la Carolina en el año 1000; pero si Colon hubiese perecido en su viaje, ya navegaba Cabral, quien por casualidad llegara al Brasil: la voz de Arnaldo y de Huss quedan sofocadas; pero si Lutero cae, ya ha hablado Zuinglio: ¿Perece Saint-Simon combatiendo en América? pues ya han nacido Owen y Fourier para proclamar utopías, alguna de las cuales solo es una proposicion anticipada, que con el tiempo llegará á ser un lugar comun.

Aquellos que contemplan al hombre bajo este único aspecto, nos le presentan como un instrumento casual de la fatalidad; y asegurando que cuanto fué debió ser necesariamente, refieren la vida del individuo y de las naciones con una calma glacial que todo lo explica y de nada se conmueve; ó bien proclamando la teodicea de la historia, no ven en ella mas que aquella inmediata y suprema voluntad bajo la cual es nulo el poder del hombre (1).

Pero yo siento en mí una fuerza superior al remolino que me arrastra, y llamo cobarde al que no resiste á los malos impulsos, y hace al que sabe luchar consigo mismo y con los demas hablar á tiempo y callar oportunamente; y veo que admiramos mas allá de la tumba al que sale de la vulgaridad, reduciendo á hechos lo que en otros eran deseos, satisfaciendo ó anticipando las esperanzas de su época. Si así no fuese, ¿podria yo contemplar sin proferir blasfemias aquel eterno espectáculo de prosperidad para el intriguante y el fuerte, y de desgracias para el débil y el virtuoso? ¿aquella vida de placeres que gozan los malvados, mientras gimen los buenos en la opresion? ¿podria ver sin indignacion á los mas virtuosos deslumbrados por los triunfos de la iniquidad, y que ni las lágrimas, ni los gemidos consuelen al justo que perece ó á las naciones que quedan sin venganza?

La historia no puede sustraerse á este comun sentimiento, sin incurrir en una falta; pues apenas niega en el hombre la libre eleccion, abdica el derecho de juzgar los acontecimientos, y se convierte en uno de los ramos que comprenden las ciencias naturales, como cuando describe las inundaciones del Pó ó las erupciones del Vesubio. La casualidad nada hace grande ni seguido. Aceptad el fatalismo, negad vuestra fe al poder del brazo y á la decision de la voluntad, recusad la excepcion de las obras maestras, ¿y qué formaréis sino hom-

(1) Bossuet en su *Discurso*, y ademas en la oracion fúnebre que pronunció por la reina de Inglaterra, dice: « Cuando Dios elige á alguno por instrumento de sus designios, nada deliene su curso: encadena, ciega ó sujeta todo lo que es capaz de resistencia. » El mismo autor dice que Enriqueta « estudiaba los deberes de aquellos cuyas vidas componen la historia. » La historia es tambien para él, « la sabia consejera de los príncipes. » ¿Pero cuántos de ellos la leen?

La fatalidad.

Filosofía de la historia.

bres holgazanes y naciones pusilánimes? Otro objeto tiene la historia, sacerdotisa de la verdad y de las inspiraciones generosas. Lo mismo se excede cuando se contenta con referir los hechos tales cuales sucedieron, como cuando los amolda á reglas establecidas de antemano; cuando los sujeta á un encadenamiento inevitable, y cuando imita á Hume que desunía toda relacion entre los fenómenos de la naturaleza: finalmente, cuando pretende que el hombre todo lo puede, y cuando cree que no puede nada. ¡Oh! no: las generaciones se trasmiten algunas obras lentas que concluyen sin prevision, pero con conexión; que no son designios, sino necesidades ó mas bien pensamientos de la Providencia que el pueblo efectúa. La libertad que el hombre cree gozar, y que es lo único que le hace digno de premio ó de castigo, no es una ilusión irrisoria; pero la Providencia le ha dicho: *Hasta aquí llegarás*. El labrador invoca todas las tardes al sol, y el sol vuelve á la mañana siguiente; pero ¿es él tal vez quien le ha hecho reaparecer? ¿qué poder ejerce nuestra voluntad sobre las funciones vitales cuando continúan hasta en el sueño, que es el tiempo de los misterios mas maravillosos?

Unid todos los elementos del mundo moral, y habréis formado la historia de la Providencia; y del mismo modo que por el orden de lo criado llegamos al conocimiento del Criador, así tambien por las obras del hombre se adquiere la idea del Dios que le guía. Aquel primer exámen no excluye las causas inmediatas, ni este niega la voluntad humana, libre y eficaz.

Pero ¿quién señalará el límite que separa la competencia divina de la humana? ¿quién deducirá de los hechos que pertenecen á la Providencia las doctrinas del hombre ó de los fenómenos de este mundo la explicación del otro?

La filosofía de la historia lo ha pretendido; pero ¿lo ha conseguido? Nuestro siglo se complace en la creación de sistemas ideales en su procedimiento, absolutos en sus principios y arbitrarios en su aplicación, en vez de subordinar las concepciones científicas á los hechos, de los cuales solo deben manifestar su verdadera conexión. Como la física reduce los siete colores á tres, los cuales se refunden en el blanco, así se ha pretendido encontrar en la marcha de la especie humana una simplicidad que no tenemos razón alguna para asegurarla. En los países que piensan, cada profesor improvisa un método en el primer año de enseñanza; en los países que imitan, se adopta luego, aclamado por los traficantes de la ciencia. De aquí nacen aquellos nebulosos sistemas donde unos cambian por erudición sus propias imaginaciones, donde se sacrifica la claridad de la inteligencia en las aras del simbolismo y de lo transcendental; y de una vaga y misteriosa oscuridad, se pretende sacar la explicación efectiva del complejo de los fenómenos. Pero

ver á larga distancia no es ver lo necesario; y nuestra edad, aficionada á grandes palabras, á fórmulas y principios absolutos, abraza voluntariamente estas teorías *a priori*, tan fáciles de inventar como de desvanecerse, y que revelan el poder de pocos y la ignorante presunción de muchos, que eternizan las discusiones sin aproximarlas jamás á su solución.

En efecto, ¿quién ha podido deducir todavía de la reproducción de ciertos acontecimientos y de su encadenamiento los sucesos futuros? Sobre las causas segundas del orden moral se se ha puesto el sétimo sello, al cual no se puede llegar por medio de la experiencia ó la observación, mayormente cuando solo conocemos las circunstancias exteriores de los pocos acontecimientos que nos han sido transmitidos; pero no sus causas, ni sus íntimas consecuencias. La filosofía de la historia, esto es, la inteligencia del orden providencial con que esta procede, no consiste tanto en los sucesos como en los elementos por quien fueron producidos; pero cortará sus mismas alas si sacrifica los hechos á las doctrinas absolutas, antes que deducir los principios del conjunto de aquellas; si no se humilla ante el mas intrincado de los problemas la permisión del mal y los arcanos de la vida del hombre y del mundo, en el cual, el principio y el fin se hallan en la oscuridad, y solo queda iluminado el medio; en una palabra, si en aquel laberinto no se dirige por el triple hilo de los ocultos caminos de la Providencia el libre albedrío del hombre y la bondad de Dios que redime la humanidad. En fin, será verdadera filosofía cuando no coloque al hombre sobre el altar, ni lo aniquile, sino que trate de explicar de dónde viene, adónde va, y por qué aparece tan sublime y tan desgraciado; abismo de magnificencia y de miseria, de maldad y de generosidad.

Todas las páginas de nuestra obra manifiestan en dónde encontraremos la solución final de este problema. Juzgamos temerarios los palingenesios ó progresos sistemáticos, y la presunción de que un hombre, cualquiera que sea su inteligencia y su poder, sea capaz de guiarlos; así como nos parece bajeza decir que él se ve precisado á sufrirlos inevitablemente. La marcha general de la humanidad, ó para decirlo francamente, la Providencia, guía las portentosas renovaciones que observamos, y hace salir el bien del mal; pero Dios espera con tranquilidad porque es eterno, mientras que el hombre que conoce su fugitiva duración, quisiera verlo todo cumplido en aquel instante en que llega para sufrir, expiar, mejorarse y morir. Del mismo modo desearía el astrónomo que se acelerase el curso de Urano, para que la reproducción de sus fenómenos comprobase la verdad de sus calculadas adivinaciones. Solo el ignorante cree accidental un cometa, porque no vuelve á aparecer cada año. La verdadera vida se halla en la acción de Dios sobre las

criaturas, y de la humanidad colectiva sobre cada hombre; en la unión de la materia con el espíritu, del yo con el mundo exterior; por eso decía Pascal: «Todas las partes del mundo están de tal modo encadenadas, que es imposible conocer la una sin la otra y sin el todo.» La sabiduría, sublimándose con la humanidad, sabe contemplar con confianza y veneración los vestigios divinos; puede mucho, porque conoce lo que no puede, y en vez de debilitar sus fuerzas contra obstáculos insuperables, las concentra dentro de límites conocidos, y de este modo llega á ser colaborador de la Providencia.

No es, pues, una casualidad la aparición de un hombre eminente; no es fatal el poder de su pensamiento, ni la eficacia de sus medios; no depende de la ciega necesidad el buen éxito de sus proyectos, ni su mérito es un don arbitrario. El genio no adivina, no crea; estudia, ensaya, se fatiga, se obstina para llegar á lo mejor: si consigue su objeto, el vulgo, á quien solo presenta los resultados, los atribuye á inspiración, á gracia particular; forma de él un ser de diferente especie, cual si fuera necesario haber nacido de una clase diversa de la de los tejedores para llegar á ser Harkwright ó Jacquart.

«La naturaleza y sus leyes yacían en las tinieblas, y Dios dijo: *Exista Newton*, y fué hecha la luz.» Así lo canta el poeta; pero sabemos que Leibnitz, Wren y otros habían precedido á este eminente Inglés; sabemos tambien que su geometría tenía necesidad de su cabeza, como la espada de Scanderberg solo era temible cuando él mismo la empuñaba; sabemos que todo descubrimiento es una oportunidad que el vulgo confunde con la fatalidad, y que nadie hubiera determinado las perturbaciones de los astros, si no hubiesen sido apreciadas de antemano sus principales gravitaciones. Detrás de todo hombre grande se ocultan generaciones olvidadas, cuyos trabajos se aprovechan como Homero de los rapsodas, como Dante de las leyendas, y como los árboles de la putrefacción en los cementerios. El hombre de genio hombre es tambien; y la contemplación de sus esfuerzos, de los obstáculos que ha separado, de las contradicciones que ha vencido y de los errores que ha combatido, será siempre el espectáculo mas á propósito para hacernos comprender nuestra dignidad. Empero ¿puede la paloma medir la fuerza del vuelo del águila? Y la débil vista del hombre ¿no dice que ella se remonta hasta el sol, cuando apenas llega á las nubes?

Si no nos engañamos, el carácter de la historia antigua consiste precisamente en observar mas bien el hombre que la estirpe humana. Aturdida por los esfuerzos anormales, mas bien que atenta al tranquilo y constante proceder, hace guerrear á los héroes, representa las facciones en sus corifeos; hace depender la felicidad ó desventura de una nación, de un

tirano monstruoso ó de un sabio irreprehensible; en el momento de desaparecer un hombre eminente cuyo nombre le llenaba, enmudece la tierra, pero pronto entra otro á sustituirle. De aquí resulta una admirable sencillez de dibujo; porque emanando toda determinación, todo hecho de la reflexión ó del impulso de un héroe, la obra del pueblo parece la de un personaje; y Graco y Mario y Pompeyo representan la plebe elevada ó la aristocracia abatida.

Mientras que las sociedades antiguas se constituyen por un propósito deliberado, las modernas surgen de elementos en lucha, mezclados por casualidad. Allí vemos legislaciones inmutables, confirmadas; aquí incesantes modificaciones y adelantos; allí fusión en un carácter general, aquí efervescencia de compuestos heterogéneos; por lo cual el Estado, la Iglesia y la opinión arrastran cada uno hácia sí un fragmento de la verdad y de la razón. Nuestros gobiernos templados dejan mayor campo al pensamiento y á la variedad de los hombres y de sus opiniones; ya una parte de la nación, ya toda ella quiere tomar participación en su propio gobierno, los príncipes encuentran resistencia, indeterminada en un principio, despues fija; los intereses se cruzan, luchan los sentimientos, y el literato y el filósofo pueden tanto como un rey ó mas. Cuando la ola se hincha y salta sobre las campiñas ó arroja inmensas naves, es mucho mas poética que cuando dócil en los canales da movimientos á los artefactos ó riega los sembrados. Por esto se nos muestra tan grandiosa la edad antigua, continua escena de impetuosas revoluciones, de acontecimientos extraordinarios, de hombres artísticamente vestidos con la toga: por esto se destacan solitarias las glorias sobre un fondo iluminado por una luz incierta, mientras que hoy se hallan sujetas con luces indisolubles á las anteriores, y á las de todo el género humano.

No creo que hubiese ménos efervescencia de pasiones en la antigüedad, pero pocos hombres se ocupaban de las cosas públicas, poquísimo las escribían, y todos sus escritos no han llegado á nuestras manos; de modo que cuando no hay contradicción, se consienten ciertos juicios, como que Tiberio y Dionisio fueron tiranos, Tito piadoso, filósofo Marco Aurelio. Entre los modernos todos escriben, todos juzgan; no hay monstruo que no haya tenido sus encomiadores. El Valentino es virtuoso para Maquiavelo; los Reformados colocan en el cielo á Enrique VIII y á Isabel, y los Católicos en el abismo; lo contrario sucede con María Estuard y Felipe II: Luis XIV es muy distinto para la Francia que para la Alemania y la Holanda; y aun ahora mismo tributamos honores á nombres sangrientos que la humanidad pronuncia temblando. Pero, sin tomar en cuenta las exageraciones de la adulación, cuando crece la lucha de los partidos, ó al ménos los fenómenos que la revelan, todo es de naturaleza mixta; el derecho y la razón difícilmente se